



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Fronteras conquistadas: correspondencia entre Alfonso Reyes y Silvio Zavala, 1937-1958

Autor: Enríquez Perea, Alberto

Forma sugerida de citar: Enríquez, A. (2000). Fronteras conquistadas: correspondencia entre Alfonso Reyes y Silvio Zavala, 1937-1958. *Cuadernos Americanos*, 3(81), 221-244.

Publicado en la revista:

Datos de la revista: *Cuadernos Americanos*

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 81, (mayo-junio de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Fronteras conquistadas: correspondencia entre Alfonso Reyes y Silvio Zavala, 1937-1958

Por Alberto ENRÍQUEZ PEREA
El Colegio de México

SILVIO ZAVALA EN SU LARGA Y FRUCTÍFERA VIDA siempre encontró y se rodeó de buenos amigos que ponderaron y alentaron su trabajo intelectual. En España conoció a Rafael Altamira,¹ maestro suyo en la Universidad Central de Madrid y director de su tesis doctoral titulada *Los intereses particulares en la Conquista de la Nueva España (estudio histórico-jurídico)*. Altamira dejó asentado en la tesis la importancia del trabajo del sustentante, que era para él de

un interés grandísimo, dentro del cuadro de mi asignatura, es que plantea una cuestión jurídica en que hasta ahora no había parado mientes ningún erudito americanista ni tampoco los profesionales del derecho. Esa cuestión es capital para el estudio de las instituciones desde el punto de vista jurídico, aunque exprese un estado de cosas temporal, absorbido luego por la preponderancia de la acción del Estado. Sin duda, los hechos que produjeron esa especialidad que el señor Zavala estudia, eran conocidos, y su relato se encuentra en las fuentes principales de la historia de la Conquista; pero nadie había hasta ahora penetrado en su significación y en las consecuencias que esa modalidad produjo en el establecimiento de la dominación española en algunas regiones americanas.²

¹ Clara E. Lida ha señalado que Silvio Zavala siempre reconoció como su maestro a don Rafael de Altamira, Clara E. Lida y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural. 1940-1962*, con la participación de Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón y Manuel González Navarro, México, El Colegio de México, 1990 (*Jornadas*, 117), p. 128. Por su parte, Zavala, a raíz de la muerte de su maestro, escribió: "La muerte de Rafael Altamira acaecida en la ciudad de México el primero de julio de 1951, me impulsa a recoger en estas líneas las últimas impresiones que recibí de su persona y a recordar una vez más su mensaje americanista", cf. Silvio Zavala, *Temas hispanoamericanos en su quinto centenario*, México, Porrúa, 1986, pp. 221ss.

² El texto de Altamira en Silvio Zavala, *Los intereses particulares en la Conquista de la Nueva España (estudio histórico-jurídico)*, tesis doctoral, Facultad de Derecho de

En México estuvo al lado de Genaro Estrada hasta el día de su muerte, en septiembre de 1937. Con él valoró aún más los acervos documentales dándolos a conocer en ediciones pulcras e impecables, como la serie que ambos impulsaron: *Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas*.³ Más tarde inició una entrañable amistad con Alfonso Reyes, de quien recibió apoyo, comprensión e impulso para su obra intelectual. La amistad entre el historiador y el hombre de letras se inició a vuelta de correo.

El 14 de octubre de 1937, Silvio Zavala le escribió por primera ocasión a Alfonso Reyes, quien fungía como embajador de México en Argentina. En su carta le mencionó que Genaro Estrada lo invitó a colaborar en la revista *Sur*, de Victoria Ocampo. Pero jus-

la Universidad Central de Madrid, Madrid, 1933, s/p. Muchos años después, cuando Altamira se encontraba en tierras mexicanas, volverá a escribir unas palabras para otro libro de Zavala. Como en aquella ocasión, resaltó la importancia del nuevo libro *La filosofía política en la Conquista de América*, señalando que su originalidad consistía “en haber ahondado y aumentado la historia de lo que propiamente debemos llamar nuestro liberalismo (en el sentido de tolerancia y del respeto a la persona humana, que es lo fundamental en él) con relación al problema de los indígenas americanos. Por esa aportación científica le debemos gratitud los españoles de hoy, en primer lugar; y tras éstos, todos los historiógrafos que buscan, ante todo, la verdad de las realidades humanas”, Silvio Zavala, *La filosofía política en la Conquista de América*, prólogo de Rafael Altamira, México, fce, 1947 (Col. *Tierra Firme*, 27), p. 11; las cursivas son del texto.

³ La *Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas* tuvo dos series. La primera estuvo a cargo de Genaro Estrada y la segunda de Silvio Zavala. Las dos fueron editadas por la Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos. La primera serie la conformaron los siguientes volúmenes: 1) Francisco Ajofrín, *Diario del viaje que hicimos a México*, introducción de Genaro Estrada; 2) Juan José Eguirra y Eguren, *Sor Juana Inés de la Cruz*, advertencia y notas de Ermilo Abreu Gómez; 3) Francisco de Cárdenas Valencia, *Relación histórica eclesiástica de la Provincia de Yucatán*, con una nota bibliográfica de Federico Gómez de Orozco; 4) Silvio Zavala, *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios*, introducción de Genaro Estrada; 5) Fernando Ocaranza, *Crónicas y relaciones del occidente de México*, tomo 1; 6) *La doctrina Monroe y el fracaso de una Conferencia Panamericana en México*, investigación y prólogo de Genaro Estrada; 7) Pedro Tamarón, *Demostación del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya 1765*, introducción bibliográfica y acotaciones de Vito Alessio Robles; 8), 9), 10) y 11) Manuel Orozco y Berra, *Historia de la dominación española en México* (4 tomos), advertencia de Genaro Estrada; 12) Justo Sierra O'Reilly, *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*, prólogo y notas de Héctor Pérez Martínez; 13) José Ignacio Dávila Garibi, *La sociedad de Zacatecas en los albores del régimen colonial*; 14) y 15) *Don Diego Quijada, alcalde mayor de Yucatán 1561-1565*, documentos sacados de los archivos de España y publicados por France V. Scholes y Eleanor B. Adams; 17) *Documentos inéditos referentes al ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga*, existentes en el Archivo General de Indias, recopilados por Nicolás León, con una introducción de José Miguel Quintana; 18) Luis Páez Brotchie, *La Nueva Galicia a través de su viejo Archivo Judicial*, introducción de Vito Alessio Robles. La segunda serie estuvo integrada por los 16 tomos, publicados entre 1939 y 1943, del *Epistolario de Nueva España*, recopilado por Francisco del Paso y Troncoso.

to cuando terminaba de redactar el ensayo "Indigenistas del siglo xvi", murió Estrada. Sin embargo, en conversaciones anteriores le había manifestado que el embajador de México en Buenos Aires era quien reunía las colaboraciones mexicanas para Ocampo. Por eso ahora él le enviaba la presente carta y anexo a ella el trabajo para su probable publicación.

Reyes contestó inmediatamente a Zavala. Le dijo que su artículo estaba en manos de Ocampo, quien se comprometió a publicarlo en el próximo número de la revista.⁴ Asimismo, no desaprovechaba la oportunidad para manifestarle que seguía con el mayor interés sus trabajos de investigación histórica, como el estudio recién publicado, *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios*, con una introducción de Genaro Estrada, en donde su inolvidable y gran amigo aseguró que el trabajo de Zavala representaba

una admirable interpretación, positivamente original por la agudeza con que ha sabido descubrir hondas concomitancias nunca antes observadas entre las teorías que el célebre humanista londinense expuso en aquel que se ha llamado el gran libro del Renacimiento y la doctrina que contemporáneamente aquél fundara y que en gran parte llevara a la práctica en México un ilustre varón que, dotado de un profundo sentido de la juridicidad, alienta todos los caracteres de un justiciero dentro de un espíritu que era todo bondad y amor para sus semejantes.⁵

El ilustre varón es, por supuesto, don Vasco de Quiroga. En esta carta, Reyes le dijo que en la reciente Conferencia Internacional de Historia, celebrada en Buenos Aires, había hecho "algunas referencias" a sus estudios, "con motivo de una tesis leída por el representante chileno, Domingo Amunátegui Solar, sobre el imperio jesuítico del Paraguay y los intentos de procomunismo en las antiguas colonias españolas",⁶ en donde reiteró que el joven y autorizado historiador mexicano Silvio Zavala publicó

⁴ El artículo de Zavala se publicó con el mismo título que él sugirió; cf. *Sur* (Buenos Aires), número 42, año viii (marzo de 1938), pp. 73-76.

⁵ Silvio Zavala, *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios*, con una introducción de Genaro Estrada, México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1937 (*Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas*, 4), p. iv.

⁶ Archivo Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina; Alfonso Reyes, "Utopías americanas", *Sur* (Buenos Aires), año vii, número 40 (enero de 1938), pp. 7-16. Respecto del Segundo Congreso Internacional de Historia de América véase *Nosotros* número extraordinario, agosto de 1937.

un folleto de apretada sustancia que inaugura en forma metódica el estudio de la filosofía jurídica mexicana en el siglo xvi, el cual, como dice el prólogo de Estrada, tiene que partir de la Bula de Alejandro VI y tomar en cuenta los *Tratados* de Las Casas, además de la *Recopilación de Indias*, y se injerta en el tronco hispánico de Vitoria, Vázquez-Manchaca, Soto, los Covarruvias.⁷

En la siguiente carta, Reyes tocó un punto que olvidó abordar en la inisiva anterior. Era lo relativo a una invitación que Ricardo Levene le haría a Zavala para que participara en la obra colectiva que estaba dirigiendo: *Historia de América*. Para Reyes este historiador argentino era el equivalente al Centro de Estudios Históricos de Madrid, y por ser tan importante en el terreno de las ideas, valía la pena que colaborara con él, razón por la cual Reyes esperaba que aceptara la invitación, pues prestaría un verdadero servicio a México.

Zavala, en efecto, recibió nuevamente la invitación de Levene, pues el historiador argentino le aseguró haber escrito una carta antes, con el mismo propósito: invitarlo a colaborar en la *Historia de América*. Pero seguramente la carta se extravió. Ahora le reiteraba la invitación que consistía en escribir un ensayo denominado “Historia de México desde la revolución de Independencia hasta la Constitución de 1824”, de aproximadamente 90 páginas; y otro titulado la “Historia de México desde 1824 hasta 1930”, de 70 páginas. Las dos colaboraciones deberían ir acompañadas con 30 ilustraciones cada una. En caso de que la respuesta fuera afirmativa le pidió que para abril o mayo de 1938 estuviera listo el primer trabajo solicitado; para el segundo, más adelante le daría la fecha. Zavala, por supuesto, aceptó la invitación, aclarando que la primera invitación nunca la recibió.⁸

En este ir y venir de cartas fue dándose una amistad, fruto de intereses comunes entre el historiador y el escritor y diplomático. Ahora ya no se trataba de interceder porque Zavala escribiera en Argentina, pues el propio Zavala iba abriéndose paso con seguridad y firmeza a través de sus propios trabajos y de la recién creada

⁷ Alfonso Reyes, “Utopías americanas”, pp. 9 y 10.

⁸ Archivo Incorporado “Silvio Zavala”, del Centro de Documentación de la Biblioteca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, caja 1, expediente 14. Por lo que respecta a los trabajos de Zavala, éstos quedaron de la siguiente manera: “México. La revolución. La independencia. La Constitución de 1824”, en Ricardo Levene, ed., *Historia de América*, tomo vii, Buenos Aires, W. M. Jackson, 1940, pp. 3-96; y “México contemporáneo”, en Ricardo Levene, ed., *Historia de América*, tomo xi, Buenos Aires, W. M. Jackson, 1941, pp. 3-236.

Revista de Historia de América.⁹ Ahora le correspondía al joven escritor invitar a Reyes a que colaborara en dicha revista con algún artículo relativo a la historia diplomática hispanoamericana.¹⁰

En otra ocasión Zavala le dio su opinión a Reyes sobre el estado en que se encontraba la historiografía en América Latina, en la carta fechada el 15 de abril de 1939. Con seguridad, afirmó que las “bases de la investigación moderna hispanoamericana” descansan en Argentina y Estados Unidos. Era preciso, en consecuencia, “animar otros ambientes”. Justamente de éste y otros temas quería conversar con él tan pronto se le presentara la oportunidad.¹¹

Reyes, por estas fechas, quedó a disposición de la Secretaría de Relaciones Exteriores, después de lograr que el petróleo mexicano recién expropiado fuera adquirido por el gobierno del Brasil. Semanas después el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, emitió el acuerdo del 12 de marzo de 1939 para designar al autor de *Junta de sombras* presidente de La Casa de España en México. Noticia que Reyes compartió con Zavala.

En diciembre de 1939 Zavala se encontraba en Estados Unidos realizando sus tareas de investigación. Desde este lugar le es-

⁹ La *Revista de Historia de América* tuvo como editores a Silvio Zavala, Francisco Monterde G. I. y Felipe Teixidor. El consejo directivo estuvo formado por las siguientes personalidades: Juan Torre Revello (Argentina); Gustavo Barroso (Brasil); José María Chacón y Calvo (Cuba); Raúl Silva Castro (Chile); César Vázquez R. (Ecuador); Rafael Heliodoro Valle (Honduras); Baltasar Isaza Calderón (Panamá); Cecilio Báez (Paraguay); Jorge Basadre (Perú); Elzear S. Giuffra (Uruguay). En el primer número de la *Revista de Historia de América* colaboraron Rafael Altamira, “La legislación indiana como elemento de la historia de las ideas coloniales españolas”; Lewis Hanke, “The ‘requerimiento’ and its interpreters”; Ricardo Levene, “El plan orgánico de la ‘Historia de la Nación Argentina’”; José Torre Revello, “El Archivo General de la nación argentina”; Alfonso Reyes, “Reseña sobre el erasmismo en América”; José Moreno Villa, “Notas sobre algunos documentos referentes a México y otras repúblicas americanas del tiempo de Fernando VII, existentes en el Archivo del Palacio Nacional de Madrid”; Silvio Zavala, “Las encomiendas de Nueva España y el gobierno de don Antonio de Mendoza”, y Rafael Heliodoro Valle, “Bibliografía de historia de América”. Entre los propósitos de la nueva publicación estaba expresamente dicho que la revista deseaba contribuir “al acercamiento de los investigadores [y para ello]: ofrecerá periódicamente estudios, documentos, informaciones científicas, reseñas de libros y revistas y bibliografía sobre la historia del continente”. La finalidad “puramente científica” de la institución que patrocinaba la *Revista*, el Instituto Panamericano de Geografía y Estadística, garantizaba la “honradez de los propósitos por la cual se habla creado”, *Revista de Historia de América* (México), número 1 (marzo de 1938).

¹⁰ En la *Revista de Historia de América* Reyes sólo reeditará su “Reseña del erasmismo en América”, aparecido en el *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americano*, año 11, núm. 7 (enero de 1938), pp. 63-65.

¹¹ La carta del 15 de abril de 1939 se encuentra depositada en la Capilla Alfonsina.

cribió una larga carta a Reyes en donde trató el asunto de la creación de la *Biblioteca latina hispanoamericana*:

Usted sabe que hay varias obras acerca de nuestra cultura tanto del siglo xvi como del xviii, escritas en latín —le dijo Zavala a Reyes—. El abandono de este idioma en nuestras facultades ha hecho que se pierda para el uso frecuente de los estudiosos todo ese caudal de cultura, escritos en latín, a veces, por su misma excelencia y rango. Hoy se podría contar quizás con un buen número de latinistas españoles dispersos a causa de la guerra. ¿No cree usted que podría intentarse la labor de traducción y edición de esas obras?

Zavala pensaba publicar la traducción de textos latinos, acompañada de sus respectivas notas y con una buena introducción. Esta *Biblioteca* podía empezar con la edición de *De orbe novo*, de Pedro Mártir; *Libellus de insulis*, de Palacios Rubios; *De unico vocationis modo*, de Las Casas; *De procuranda indorum salute*, de Acosta; *Iure indiarum*, de Solórzano; *Democrates alter*, de Sepúlveda. También había obras generales que trataban sobre las Indias, como las de Cayetano, Gregorio López, Maior, entre otros.¹² Por materiales no se podía quejar, pues sobraban. Tenía dudas respecto de quiénes serían las personas recomendables para hacer las traducciones e introducciones y quién se encargaría de la edición. De lo que estaba completamente seguro era que el hombre que debería animar la serie de esta *Biblioteca* era el presidente de La Casa de España en México.

La respuesta de Reyes no se hizo esperar. El proyecto de la *Biblioteca latina hispanoamericana* era factible para La Casa de España, pues se contaba con la presencia de Agustín Millares Carlo,¹³ notable polígrafo, archivero e historiador. Más adelante

¹² La *Biblioteca latina hispanoamericana* fue un proyecto que no se pudo realizar tal como se pensó originalmente. Sin embargo, algunas de estas obras fueron saliendo poco a poco bajo diferentes sellos editoriales.

¹³ Zavala se entendió muy bien con Millares Carlo y juntos hicieron notables investigaciones de los textos latinos que, por fortuna, a los dos les interesaban. Así pues, se publicaron las siguientes obras: fray Bartolomé de Las Casas, *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, advertencia preliminar, edición y anotaciones del texto latino de Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1942; *Las Décadas de Pedro Mártir de Anglería*, selección y traducción de los capítulos concernientes a México de Agustín Millares Carlo, México, SEP, 1945 (*Biblioteca enciclopédica popular*, 51); Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del nuevo mundo*, apéndices por Edmundo O'Gorman, traducción del latín de Agustín Millares Carlo, apéndice bibliográfico por Joseph A. Sinclair, 2 vols., México, José Porrúa e Hijos, 1964; Juan López de Palacios Rubios, *De las islas del mar océano*, introducción de Silvio Zavala, traducción, notas y bibliografía de Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1954.

se podía aprovechar la presencia de Carlos Riba y Urbano González de la Calle. Pero Reyes también tenía sus propios planes que a continuación le expuso. Uno de ellos era el de crear una revista, como la *Revista Hispánica Moderna*, de Federico de Onís, que se editaba en Nueva York; o semejante a la *Revista de Filología Hispánica*, de Amado Alonso, que se publicaba en Buenos Aires.¹⁴ El otro era más sencillo: ya era tiempo que Zavala publicara algún estudio en las ediciones de La Casa de España.

En los primeros días de enero de 1940 Zavala le escribió a Reyes para decirle que sólo tenía para publicar la monografía titulada *Los esclavos indios en Nueva España*, de aproximadamente 200 páginas. Este libro lo propuso a una casa editorial. Sin embargo, no había tenido el resultado definitivo de ella. En cuanto lo tuviera le escribiría de nuevo. Reyes recibió esta carta y al contestarle le trató, entre las cosas de interés, lo siguiente: “Necesito de su valiosa ayuda y de su consejo para todos nuestros planes. Además, no me resigno a que nuestra amistad comenzada bajo tan buenos auspicios se quede en mera correspondencia”.

La espera fue larga. Zavala concluyó sus compromisos en Estados Unidos. Llegó a México e inició una serie de conversaciones con Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas para saber las condiciones de trabajo que le ofrecía El Colegio de México, recién fundado, para “cooperar en los trabajos de investigación y enseñanza”. El 15 de octubre de 1940, Silvio Zavala ingresó, formalmente, en esta casa de alta cultura mexicana.

Entre los proyectos de investigación que ofreció a El Colegio de México estaba el de terminar las *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España*,¹⁵ concluir la obra *Los esclavos indios*

¹⁴ Por casi veinte años Federico de Onís dirigió la *Revista Hispánica Moderna* (1934-1953), boletín del Instituto de Las Españas, en sus dos épocas. La primera contó con un comité de redactores formado por Ángel del Río, Juan Guerrero y M. J. Benardete. La segunda época empezó en enero de 1939, pues el Instituto de Las Españas, con sede en Nueva York, y el Instituto de Filología, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sumaron sus esfuerzos para editar conjuntamente la *Revista Hispánica Moderna* y la *Revista de Filología Hispánica*. Este esfuerzo común tuvo como único objetivo difundir la cultura hispánica.

¹⁵ Las *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España* fue una obra realizada por Silvio Zavala y Marla Castelo. En la advertencia del tomo I, Zavala hizo un recuento sucinto del origen de esta obra y de la ayuda que le brindó su esposa para llevar a cabo la investigación. Los tomos fueron editados por el Fondo de Cultura Económica en este orden: *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1575-1576*, tomo I, México, FCE, 21 de junio de 1939, 178 págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1579-1581*, tomo II, México, FCE, 30 de noviembre de 1939, 456

en Nueva España y finalizar la redacción de la *Historia del trabajo de los indios en la Nueva España*. Asimismo se comprometió a impartir un curso denominado “Instituciones coloniales de España en América”. Y solicitaba para llevar a cabo todos estos proyectos libros esenciales y pequeñas ayudas económicas para fotocopias de documentos.

Reyes puso manos a la obra aprovechando la presencia de maestros mexicanos y españoles en El Colegio de México. Así pues, solicitó el apoyo de Zavala y Millares Carlo para llevar a cabo la siguiente encomienda: investigar cómo se encontraban los libros y los acervos de la Biblioteca Nacional y qué se podía hacer por ellos. Los dos profesores iniciaron la indagación y tiempo después rindieron un informe detallado.

El informe señalaba que los libros y periódicos estaban abandonados en algunos cuartos y rincones; que faltaban estanterías para los libros, sillas para los investigadores y lámparas eléctricas para poder leer bien; que había libros antiguos y modernos sin catalogación; y que el fichero público necesitaba ser ordenado nuevamente. Pero los profesores no se contentaron con ver la situación de la Biblioteca Nacional, sino que también valoraron el estado en que se encontraba el Archivo General de la Nación.

En su opinión, el Archivo necesitaba una “exterminación científica de bichos”, mobiliario “más elegante para los investigadores”, sanitarios modernos y muchas lámparas de luz eléctrica. Estos males tenían remedios. Para preservar y difundir los fondos y acervos de archivos y bibliotecas, de dentro y fuera de la capital, era conveniente crear una Sociedad de Amigos, Patronato o cuerpo “técnico” de Archivos y Bibliotecas o como se le quisiera llamar.

págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1587-1588 y 1590-1591*, tomo III, México, FCE, 30 de marzo de 1940, 251 págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1599-1601*, tomo IV, México, FCE, 5 de agosto de 1940, 555 págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1602-1604*, tomo V, México, FCE, 6 de junio de 1941, 333 págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1606-1607; 1616-1620; 1621-1632*, tomo VI, México, FCE, 24 de marzo de 1945, 758 págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1633-1635; 1638-1645*, tomo VII, México, FCE, 6 de septiembre de 1945, 670 págs.; *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España. 1652-1805*, tomo VIII, México, FCE, s.f., 367 págs. En 1980 se hizo una edición en facsímil de esta obra, por el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero. Ocho años después, las ocho advertencias las editó El Colegio de México en un volumen de homenaje a Silvio Zavala. Cf. Silvio Zavala, *Estudios acerca de la historia del trabajo en México: homenaje del Centro de Estudios Históricos a Silvio Zavala*, edición preparada por Elías Trabulse, México, El Colegio de México, 1988.

El objetivo fundamental era que este órgano fuera “alerta, vivo, prestigiado y con amistades e influencias suficientes para poner en marcha esta parte que es tan vital” para el trabajo de los investigadores: la ordenación, clasificación y catalogación de los fondos documentales y bibliográficos.¹⁶

Reyes tomó nota de estas observaciones y puso en marcha un plan para dar forma y contenido a lo expresado por los profesores de El Colegio de México. Estaba convencido que la Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación podían estar al día. Para ello era menester formar un Patronato y un cuerpo técnico para sacar adelante a estas dos grandes instituciones culturales de México.

Por otra parte, Reyes inició la reorganización de El Colegio de México creando centros de estudios e institutos de investigación científica. No se podía continuar con el esquema trazado para La Casa de España. Había que aprovechar la preparación y experiencia de los escritores y científicos en algo estable y duradero. Era necesario crear centros y laboratorios para los hombres dedicados a las ciencias sociales y a las ciencias exactas. A marchas forzadas, contando con el apoyo económico de la Fundación Rockefeller, se inició la construcción del Instituto de Química y el equipamiento del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, en la Universidad Nacional Autónoma de México.¹⁷

En estos planes estaba también el de crear un Centro o Instituto de Investigaciones Históricas, en donde los historiadores, latinistas y archiveros desarrollaran tareas de investigación y docencia. En el pensamiento de Reyes, como en el de algunos miembros de El Colegio de México, estaba presente el Centro de Estudios Históricos de Madrid, en donde desarrollaron tareas de investigación. Así pues, Reyes solicitó estudios e ideas para organizar este Centro. Entre las propuestas que recibió se destaca la de Zavala.

¹⁶ El informe se encuentra en el Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Silvio Zavala. El informe de Millares Carlo y Zavala sólo está firmado por el historiador mexicano. Este documento también se encuentra en mi libro *Fronteras conquistadas: correspondencia Alfonso Reyes/Silvio Zavala. 1937-1958*, introducción, compilación y notas de Alberto Enriquez Perea, México, El Colegio de México, 1998 (*Testimonios*, 3), pp. 61-63.

¹⁷ Sobre este aspecto véase: *Exilio español y ciencia mexicana: génesis del Instituto de Química y del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos (Instituto de Biomédicas) 1939-1945*, compilación, introducción y notas de Alberto Enriquez Perea, México, El Colegio de México/Instituto de Química/Instituto de Investigaciones Biomédicas/UNAM, 1999.

El autor de *Ideario de Vasco de Quiroga* tenía la convicción de que había “en nuestro medio jóvenes capaces intelectualmente, amantes del estudio y deseosos de ahondar en los estudios históricos”. Pero al mismo tiempo se comprobaba esta cuestión “repetida y triste de que muchos de ellos” se malograban por “la falta de un medio adecuado para formarse”. Este hecho aconsejaba la pertinencia de la organización de un Instituto de Historia en que se impartieran “las enseñanzas fundamentales para encauzar la investigación y practicarla”.

El carácter que debería tener este Instituto era el de impartir docencia y realizar investigación, por lo que el programa de trabajo del profesor debería abarcar, al mismo tiempo que enseñaba, “los conocimientos propios de su campo”, para que los alumnos bajo su “dirección creadora” emprendieran cuanto antes trabajos de investigación original.

Por eso mismo, el Instituto “aspirará a levantar nuestra producción histórica al rango que le corresponde por la dignidad e interés de su materia y por la elevación que en otras épocas ha tenido nuestra historiografía”. Además, “procurará la introducción de métodos modernos y rigurosos para sustituir, por medio del ejemplo y el valor propio de los trabajos, la producción anárquica, espontánea y de ficción desconcertada”. Y con la creación de este Instituto se *aspirará* a que éste “represente autorizadamente la voz mexicana en el conjunto de la historiografía seria moderna, ante la cual carecemos actualmente de personería”.¹⁸

El 6 de enero de 1941, la Junta de Gobierno de El Colegio de México designó a Silvio Zavala director del recién fundado Instituto, que más adelante se llamará definitivamente Centro de Estudios Históricos. Dos días después, Reyes le dio el primer encargo como miembro y director del mismo: el de visitar y estudiar los archivos del norte de la República, “examinando en ellos toda la documentación pertinente a la historia de nuestro país en la época colonial”.

Zavala salió rumbo a Monterrey el 11 de febrero del mismo año para examinar el Archivo del Ayuntamiento. Para sorpresa suya este Archivo no era tan pequeño como se lo imaginó. Cuatro semanas ocupó para fotografiar el Inventario Colonial y obtener cerca de cinco mil páginas dobles de manuscritos de los siglos XVII

¹⁸ Archivo Incorporado “Silvio Zavala”, del Centro de Documentación de la Biblioteca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, caja 97, expediente 2.

y xviii. Ante semejante hallazgo, le apeteció escribir un estudio que intituló: "El tratamiento de los indios en el Nuevo Reino de León".

En el ensayo quedaría plasmada la siguiente idea:

Presentar un cuadro del funcionamiento de las encomiendas en una región fronteriza de la colonización española, donde la falta de pueblos constituidos y bien organizados de vasallos, hacía en extremo difícil el buen éxito de una institución de orígenes señoriales españoles. De esta suerte se agravaron los obstáculos que ya se habían presentado en los centros densamente poblados de la colonización a causa de que las nuevas sociedades se componían en buena parte de elementos culturales ajenos al proceso histórico de la civilización de Occidente.

De Monterrey pasó a Saltillo. Ahí estudió y fotografió algunos documentos del Archivo del Ayuntamiento y del Archivo General del Estado. Pero en ninguno de los dos encontró la riqueza del Archivo de Monterrey. Además, en Saltillo advirtió la falta de documentos en los legajos y desorden en los mismos. A pesar de estos inconvenientes fotografió 1 070 documentos.

Durango fue la última jornada de su recorrido por el norte de México. El estado en que se encontraban los archivos era verdaderamente lamentable. El Archivo General del Estado estaba desordenado y con un orden cronológico rudimentario. Luego visitó el del Ayuntamiento. Aquí el desastre fue mayúsculo, pues el Archivo sufrió las consecuencias de las luchas revolucionarias mexicanas. De esta situación vivida, Zavala reafirmó su convicción: había que formar historiadores y archiveros para recuperar la memoria histórica mexicana.

Para ello nada mejor que fuera El Colegio de México quien a través del Centro de Investigaciones Históricas formara estos historiadores. Los pasos estaban dados. La convocatoria estaba expedida para la primera promoción de becarios. El 14 de abril de 1941 quedaron formalmente inaugurados los cursos de la primera promoción de historiadores, impartidos en los locales cedidos generosamente por la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. La fecha escogida por las autoridades de El Colegio de México para inaugurar los cursos tenía un hondo significado político: era la fecha histórica del advenimiento de la República española.

La primera generación de becarios del Centro de Estudios Históricos estuvo conformada por las siguientes personas: Carlos

Bosch García, Manuel Carrera Stampa, Hugo Díaz-Thomé, Alfonso García Ruiz, Enrique López Lira, Fernando Sandoval, Ernesto de la Torre Villar y Susana Uribe. Las materias impartidas para esta primera promoción de estudiantes fueron: "Historiografía", por Ramón Iglesia; "Bibliografía", Juan B. Iguíniz; "Paleografía y Diplomática", Agustín Millares Carlo; "Métodos y doctrinas etnológicas" y "Organización social y económica", Paul Kirchhoff; "Fuentes para la historia de las instituciones medievales" e "Historia de las instituciones medievales", Concepción Muedra; "Historia de las instituciones indianas", Zavala; "Historia externa de España", Francisco Barnés; "Historia de la independencia de México", José María Miquel i Vergés; y "Seminario de historia de México del siglo XIX", Zavala y Agustín Yáñez.

También se impartieron otras materias para "redondear la cultura" y para "suavizar la aridez de tantas materias instrumentales", como escribieron Lida y Matesanz en su historia sobre El Colegio de México. Estas materias fueron: "Historia de la cultura" y "Literatura española", por Josep Carner; "Historia del arte hispanoamericano", Rafael Sánchez Ventura; "Historia del arte mexicano", Manuel Toussaint; "Historia de los Estados Unidos", B. J. Loewenberg; "Historia económica de Europa", Cosío Villegas y Javier Márquez, y "Problemas de la guerra", Francisco Barnés.¹⁹

Los fundadores de El Colegio de México y del Centro de Estudios Históricos siempre tuvieron la siguiente convicción: al estudiante se le debería pagar para que estudiara bien. Para ello estableció reglas que tanto las autoridades de la institución como los becarios deberían seguir escrupulosamente. El Colegio se comprometía a dar una beca de 100 pesos mensuales, por un año. El pago se haría por quincenas vencidas. Las clases serían impartidas todos los días hábiles, por las tardes, de las 16 a las 20 horas.²⁰

Los alumnos, por su parte, deberían seguir las siguientes reglas establecidas por el secretario de El Colegio de México, Daniel Cosío Villegas, el 21 de abril de 1941:

- 1) Tres faltas injustificadas de asistencia al Centro en el curso del mes, ocasionará la suspensión de la beca.
- 2) Toda falta injustificada será deducida del importe de la beca, a razón de dos pesos por día.
- 3) Al llegar a las

¹⁹ Lida y Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, pp. 117-119.

²⁰ *Becas para el Centro de Investigaciones Históricas*, México, El Colegio de México, 1941.

clases con más de 15 minutos de retraso, se estimará para todos los afectados como falta de asistencia. 4) Se llevará una lista diaria en cada clase que firmarán los becarios y que será retirada exactamente a la hora indicada en el apartado anterior. 5) La falta de atención en las clases o de dedicación en los trabajos, comprobada por cualquiera de los profesores, dará motivo asimismo a la suspensión de la beca. 6) Comuníquese a los profesores y alumnos este Reglamento para que surta sus efectos.²¹

Las tareas que llevó a cabo Zavala en El Colegio de México jamás le impidieron continuar sus trabajos de investigación. No se conformaba con explorar los archivos mexicanos sino que buscaba otras fronteras. En marzo de 1942 el director del Centro de Estudios Históricos se marchó a Washington, encontrándose con sus viejos amigos españoles, como Fernando de los Ríos, Tomás Navarro Tomás y Américo Castro. Visitó también a sus conocidos de la Fundación Rockefeller y de la Guggenheim. Todos sabían que El Colegio de México pasaba por una situación económica muy difícil.

La imagen que describía la situación era la de un barco que se hundía y se estaba en el punto en el que “comenzaba el abordaje de los salvavidas”. Pero, ¿qué podían hacer por El Colegio de México? Por lo pronto Zavala escribió a Reyes contándole estas impresiones y le dijo que aprovechara la ocasión de algunos de los representantes de la Rockefeller que irían próximamente a México. Si se le presentaba la ocasión valía la pena que les presentara algún proyecto relacionado con la formación de jóvenes investigadores, el de “avivar” las investigaciones históricas y el de crear la posibilidad de un intercambio de profesores y alumnos entre los dos países.

Entre 1942 y 1943 Zavala permaneció todo el tiempo en México. Pero había fronteras que conquistar. Entonces, el viajero continuó su andar por el mundo. Silvio Zavala y su esposa María Castelo iniciaron una gran odisea por varios países sudamericanos que duró ocho meses, de marzo a octubre de 1944. Conocieron las ciudades más importantes de Argentina, como Buenos Aires, La Plata, Rosario, Santa Fe, Corrientes, Salta, Jujuy, Tucumán, Córdoba y Mendoza. Estuvieron también en Uruguay, Paraguay, Chile, Colombia, Perú, Costa Rica y Guatemala. “Una de las impresio-

²¹ Archivo incorporado “Silvio Zavala”, del Centro de Documentación de la Biblioteca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, caja 97, expediente 2.

nes más firmes que tiene el viajero que va del norte argentino hasta la tierra de Colombia es la riqueza artística de la zona”, le señaló Zavala a Reyes en su informe que le presentó en febrero de 1945.

La arquitectura, la pintura, la escultura, los muebles, entre otras cosas de gran valor artístico, pertenecientes en su mayoría a las instituciones religiosas, sobresalían en los lugares recorridos. Las colecciones particulares vistas por Zavala y Castelo no eran de gran valor. Material de igual calidad al de Sudamérica lo volvieron a encontrar en Guatemala y México, “para extenderse en sus últimas ramificaciones a California y otras regiones del sur de Estados Unidos”.

Por todo lo visto, valía la pena reforzar el estudio de “tan valiosa historia artística”, ya fuera enviando investigadores de una zona a otra o bien apoyando a las instituciones culturales locales que se dedicaban a la investigación estética. En este campo, observó con pertinencia Zavala, el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México representaba “un progreso en relación con las instituciones similares del Continente”. Merecería, por su importancia, ser conocido en toda América Latina y, acaso, ser *imitado* en varias universidades del Continente.

En su viaje observó que había minorías afortunadas que realizaban estudios históricos y que eran muy a menudo “personas de buena posición económica”, que vivían de sus “rentas agrícolas”, que habían tenido una educación universitaria y que viajaban mucho. Estas personas se dedicaban en sus horas libres al cultivo de la historia, “como un ocio noble, y también para reflejar en su obra los conceptos políticos y sociales de su clase”. También había hombres y mujeres de clase media que habían terminado sus estudios universitarios y que para vivir impartían clases o ingresaban al servicio público. Sin embargo, a pesar de ello, no había apoyos públicos o privados que permitieran formar hombres de estudio en la ciencia histórica.

Así pues, el *cultivo de la historia* en un buen número de los países visitados era por placer o por afición. Aunque comenzaban “a figurar, en posición por lo común difícil, la clase de los historiadores” que desempeñaban profesionalmente la cátedra y las tareas de investigación. Aunque aclaraba que, al parecer, sólo en Argentina había “una tendencia al predominio de los historiadores profesionales sobre los aficionados, lo cual puede explicarse por

la mejor dotación de las cátedras universitarias, la vida administrativa más rica y estable, y el fomento de los centros de investigación de la capital y de la provincia”.

Sin desconocer ciertas aportaciones de los *historiadores aficionados* había, sin embargo, particularidades que los distinguen de los *historiadores profesionales*. Aquéllos trabajaban, por lo general, en su casa, en sus bibliotecas privadas y “sin obligaciones públicas”. Éstos acudían a los archivos y bibliotecas oficiales, enseñaban e investigaban para ganarse la vida y “desarrollaban toda su labor en medio de la sociedad” que los sustentaba. Por ello cuando se lograba desarrollar centros e institutos de historia había que tener por lo menos estos objetivos: que las cátedras y cargos de investigador fueran un *aliciente* para el futuro de los *historiadores profesionales*.

Ahora bien, se piensa que un historiador aficionado goza de mayor independencia de criterio porque posee recursos propios, a diferencia del historiador profesional que se sostiene de los recursos provenientes de la hacienda pública. Esto no es cierto, Argentina y Chile eran un ejemplo donde se concilió el “carácter profesional de los historiadores con una libertad basada precisamente en la organización administrativa seria y respaldada por una amplia tradición de independencia”.

En este largo viaje también observó el funcionamiento de las bibliotecas públicas sudamericanas. La Biblioteca Nacional de Buenos Aires no tenía edificio ni personal ni catálogo. La Biblioteca de La Plata, bajo la dirección de Alberto Palcos, era mucho mejor que la Nacional. La Biblioteca Nacional de Montevideo estaba en proceso de transformación. La Biblioteca Nacional de Asunción estaba en tan malas condiciones que no tenía ni estanterías para los libros.

La Sala Medina, de la Biblioteca Nacional de Chile, era muy rica en fondos y tenía un excelente servicio. Lo mismo ocurría con las bibliotecas de Arequipa y Cuzco, en Perú. En Lima, desgraciadamente, todavía se observaban las huellas dejadas por el incendio de su Biblioteca. La Biblioteca Nacional de Quito era eficiente gracias a los esfuerzos de Roberto Páez. La Biblioteca Nacional de Costa Rica se encontraba en estado de organización y catalogación.

En cuanto a los archivos, el de Buenos Aires era eficiente y bien organizado. Los archivos de la provincia argentina, como los de

Tucumán y Córdoba, eran de los más distinguidos. El Archivo de Asunción guardaba documentos muy valiosos. El Archivo Nacional de Santiago de Chile prestaba buen servicio y estaba bien dirigido. El Archivo de Lima por fortuna, no corrió la misma suerte que la Biblioteca, pero estaba mal organizado y con personal insuficiente.

En los primeros meses de 1945 Zavala regresó a México e informó a Reyes de su reciente viaje al extranjero. Poco tiempo después trató un asunto siempre difícil con el presidente de El Colegio de México: la cuestión de su salario. Zavala se quejaba de los 600 pesos que recibía desde hacía un buen tiempo y que lo obligaban a estar de tiempo completo. Por lo que lanzó un ultimátum: o recibía un mejor sueldo o le modificaban la obligación que tenía con la institución para buscar otros trabajos que le permitieran completar su “presupuesto”.

Reyes y Cosío le dijeron, en carta del 14 de marzo de 1945, que entendían las razones expuestas en su misiva y le ofrecieron 750 pesos al mes como remuneración que comprendía el cargo de director del Centro de Estudios Históricos y el de investigador. Y le hacían notar que en el transcurso de este año no daría clases. Por lo anterior se le solicitaba su “tiempo completo” para las labores que le encomendaba El Colegio de México.

Zavala, por supuesto, estuvo de acuerdo con este arreglo pero no dejó de comentar en su respuesta lo de “tiempo completo” que le hicieron el presidente y el secretario general del Colegio. Dio las gracias por la solución satisfactoria pero añadió:

En años anteriores ustedes me han permitido ejercer la función de director de la *Revista de Historia de América*, del Instituto Panamericano. No es una función rentada y deseo continuarla, no sólo para que no se pierda el impulso adquirido, sino también porque desde hace algún tiempo esa *Revista* acoge los artículos, reseñas y notas que escriben alumnos avanzados [del Centro de Estudios Históricos].

En efecto, los alumnos del Centro de Estudios Históricos colaboraron en la *Revista de Historia de América* con artículos o reseñas de libros. Pablo González Casanova publicó en esa revista el artículo “Aspectos políticos de Palafox y Mendoza”,²² Enriqueta López Lira, “La conquista de México y su problema historiográfico”,²³ Carlos Bosch García, “Contactos diplomáticos de México con Fran-

²² *Revista de Historia de México* (México), núm. 17 (junio de 1944), pp. 27-67.

²³ *Ibid.*, núm. 18 (diciembre de 1944), pp. 307-333.

cia. 1822-1836”;²⁴ Julio le Riverend Brusone, “La economía cubana durante las guerras de revolución y del imperio francés (1790-1808)”;²⁵ por citar algunos ejemplos.

A mediados de 1945 Zavala marchó a Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. En este último país encontró a Isabel Gutiérrez,²⁶ profesora de Humanidades, quien a Zavala le pareció una buena candidata para las becas que ofrecía el Centro de Estudios Históricos, a su cargo. Además, estaba convencido “que escoger gente demasiado joven” era inconveniente. La experiencia le enseñó que era mejor buscar entre el profesorado a personas que desearan perfeccionarse, como el cubano Le Riverend y Monelisa Pérez Marchand. En conclusión, lo mejor para El Colegio de México era tener gente de valer. Entonces, había que “proceder prudentemente con lo que tenemos y fijarnos ante todo en personas y obras que signifiquen algo para la cultura hispanoamericana”.

En 1946, Zavala volvió a las Antillas y a Estados Unidos. A Daniel Cosío Villegas le empezaron a preocupar los viajes que continuamente hacía Zavala, pues abandonaba sus clases. Había que poner orden. Cosío Villegas le escribió, pero Zavala se dirigió al presidente de El Colegio de México y no al secretario. En la carta del 21 de enero de 1947 el director del Centro de Estudios Históricos explicó que sus ausencias eran, sin lugar a dudas, un “defecto” para los programas. Pero precisamente estos programas lo habían “lanzado a todas partes y hecho que en cada una se me adhiera algo que después he dado libremente a nuestra Casa”. A continuación escribió otras líneas que decían mucho de su sentir y de sus futuros proyectos de vida: “Y crea que si no sintiera todo el peso de quien tiene obligaciones de cultura, esto de acá me parecería más atractivo, como le ocurre a los 2 800 funcionarios que ya integran este mundillo”.

Siete días después Reyes le contestó diciéndole que entendía todo lo que le dijo y también todo lo que callaba. En su entender quería que se le emancipara “del cuidado meramente burocrático de dirección, conservando su categoría de catedrático y de eminente consejero en estos estudios”. A su regreso hablarían sobre estos asuntos. Mientras tanto le deseaba todo el éxito en sus empresas culturales.

²⁴ *Ibid.*, núm. 20 (diciembre de 1945), pp. 307-345.

²⁵ *Ibid.*, núm. 16 (diciembre de 1943), pp. 25-64.

²⁶ Para datos generales de la doctora Gutiérrez, véase *Isabel Gutiérrez del Arroyo: conferenciante humanista del año de 1985*, San Juan de Puerto Rico, Fundación Puertorriqueña de las Humanidades, 1985, pp. 5-11.

Reyes acertó, pues tal era el ánimo de Zavala que ni él mismo se aguantaba. En la carta del 3 de febrero de ese mismo año Zavala le respondió al presidente de El Colegio de México con las siguientes palabras:

En efecto, nunca antes había entrado el diablo conmigo en tratos tan directos e insistentes. Sus noticias me llegan en buen momento. ¿Piensa el Colegio decidirse por el sistema del catedrático-taxi? Es decir, ¿que lo alquila para las horas de lección y lo demás no le interesa? En cuanto a la dirección del Centro de Estudios Históricos, hace tiempo que no me da ningún cuidado burocrático. Por mi parte, puede usted verificar que no he usado el título, tanto porque no soy partidario de ninguno como por el estado fluido que estas cosas han tenido entre nosotros. Lo de ser consejero está bien, pero alguna vez se ha reducido a números y usted recuerda el resultado.

En conclusión, necesitaba saber cuánto le iban a pagar y qué ofertas le hacía El Colegio de México una vez que concluyera su estancia en Estados Unidos. Además, quería dejar en claro que su posición era personal. Y con esto puso punto final a su carta: “Hay otra cosa que no acabo de acostumbrarme: que algo concebido y creado por uno aparezca sujeto a cambios de influencias que no gobierno. Esto puede pasar como majadería de padre de criatura, pero también como interés por la vida y progreso de ésta”.

El 8 de febrero de 1947 Zavala recibió la siguiente carta de Reyes, en donde le dijo:

Mi querido Silvio: Ya le contestarán a usted por otro lado sus oportunas consultas administrativas. A mí sólo me importa el amigo, el historiador y el escritor. He sido su amigo desde antes de conocerlo, desde que Levene lo convidó a colaborar en su *Revista de Historia de América*, desde Buenos Aires, cuando menos; y luego me he honrado y complacido en traerlo a mi lado al Colegio de México y luego al Colegio Nacional. Nuestros compañeros y yo creíamos serle gratos y hasta acceder a sus inclinaciones y sugerencias. Sólo por eso acepté ser yo quien le escribiera de asuntos que no entiendo. No me salpique con tempestades ajenas ni se me ponga gruñón. No le falte al respeto a este viejo caduco. Me interesa saber de su vida y saberlo feliz, donde quiera que sea [...] Tampoco se amargue demasiado contra las cosas de la vida. ¿O cree usted que a mí acaso me sale todo como lo proyecto y deseo? ¿Estoy acaso en un lecho de rosas?

Zavala recibió la carta de Reyes y la contestó el 12 de febrero de este mismo año. Le dijo que esperaba la respuesta a sus preguntas, y por otra parte, aceptaba quedar con él en el más “puro y siempre

más agradable terreno de la amistad”. Asimismo, le señaló: “No creo necesario explicarle que a los sentimientos que usted me manifiesta correspondo con la misma y antigua cordialidad, a la que se añade la admiración por lo que usted personalmente representa y por la saludable excepción que constituye en nuestro panorama humano”.

Después de la tempestad llegó la calma. Zavala continuó trabajando en El Colegio de México, siguió dirigiendo el Centro de Estudios Históricos, las tesis de sus alumnos, las labores en la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, la marcha de la *Revista de Historia de América*, sus investigaciones que no abandonaba por ningún motivo y mucho menos sus viajes.

En Francia, se enteró de la muerte de Ramón Iglesia, uno de los fundadores de El Colegio de México y del Centro de Estudios Históricos y gran amigo suyo. De este gran historiador español dejó escritos estos *recuerdos*:

Lo conocí hace años en aquel Madrid que renovaba sus establecimientos culturales a raíz de la instauración de la República. Era un bibliotecario consciente de la responsabilidad de su oficio. Tan pronto aparecía en la mesa del despacho para activar el engranaje moroso de la burocracia de los libros como llevaba de la mano a los amigos hasta el recinto todavía secreto de los catálogos indispensables. Por las tardes se entregaba a la penosa tarea de leer los manuscritos y las pruebas de la edición crítica de la *Historia de Bernal Díaz* que preparaba el Centro de Estudios Históricos, a iniciativa y con la ayuda del entonces embajador de México en España, Genaro Estrada.

La vida de bibliotecario no le agotaba su energía. Leía libros de historia y de literatura. Viajaba y “estudiaba con gusto los idiomas extranjeros; impartía cursos; cultivaba la conversación con los amigos”. Y un día cambió la “bata de bibliotecario por el uniforme de soldado. La Guerra Civil española le iba a proporcionar una experiencia de ‘campo’, como se dice en las escuelas, que no olvidaría jamás”. Después de la derrota de la República se exilió en México e ingresó a El Colegio de México. Tiempo después marchó a Estados Unidos, donde murió en 1948.²⁷

Hacia mediados de la centuria, cuando se acercaba a sus primeros 40 años, Zavala había producido más de 8 000 páginas. Entre los 17 títulos publicados había obras monumentales de eru-

²⁷ *Silvio Zavala: aproximaciones históricas*, prólogo de Alejandra Moreno Toscano, México, CEESTEM/Nueva Imagen, 1985 (Col. *Cuadernos Americanos*, 9), p. 57.

dición y de entrega de posibilidades para construir el conocimiento histórico, como los ocho tomos que constituyen las *Fuentes para la historia en la Nueva España*, reunidas y organizadas con la colaboración de María Castelo entre 1939 y 1946; una pieza singular por la profundidad y significado como *Ideario de Vasco de Quiroga* (1941), y otros ejemplos no menos interesantes por su peso específico en el ahondamiento de la historia institucional, social y de las ideas como las reunidas en *Ensayos sobre la colonización en América* (1944) y en *Estudios indianos* (1948).

Libros como *La filosofía política en la conquista de América* (1947) y *América en el espíritu francés del siglo xvii* (1949), que destacan por su unidad en un conjunto donde no se desdeña el libro de texto, como *Historia universal moderna y contemporánea* escrita en colaboración con Ida Appendini (1949) y la dirección de obras colectivas de sus alumnos, como *Estudios de historiografía americana* (1948). A esta producción ejemplar hay que añadir la media docena de artículos y ensayos que escribió en estos años.²⁸

Entre 1951 y 1953, Zavala continuó con sus tareas académicas, administrativas y nuevos proyectos de investigación. Entre ellos, uno se destacará por su dimensión y por lo magno del proyecto: *El mundo americano en la época colonial*. Mientras tanto, a manera de ensayos para ésta y otras obras, fueron apareciendo monografías como “La formación de la historia americana”, que formó parte del volumen colectivo denominado *Ensayos sobre historia del Nuevo Mundo*.²⁹

²⁸ Los datos de la obra de Zavala en *Datos biográficos y profesionales del Dr. Silvio Zavala*, México, El Colegio Nacional, 1982, pp. 18ss.

²⁹ *Ensayos sobre Historia del Nuevo Mundo* fue una edición del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, publicada en México en 1951. En este volumen colaboraron, además de Zavala, las siguientes personalidades: Edgar McInnis, “The evolution of Canada”; Gustave Lanctot, “De l'évolution de la colonie française du Canada”; Walter Prescott Webb y John Francis Murphy, “The precious metals a medium of exchange: a frontier incident”; Arthur P. Whitaker, “The Americas in the Atlantic Triangle”; Charles F. Griffin, “Unidad y variedad en la historia americana”; Emeterio S. Santovenia, “El mundo antillano”; Dantés Bellegarde, “Haïti et son peuple”; Rafael Heliodoro Valle, “Centroamérica en la historia”; Germán Arciniegas, “Historia e historias de las Américas”; José María Ots Capdequí, “Interpretación institucional de la colonización española en América”; Mariano Picón Salas, “Unidad y nacionalismo en la historia de Hispano-América”; Jorge Basadre, “La experiencia histórica peruana”; Ricardo Donoso, “La evolución en Chile”; José Luis Romero, “Guía histórica para el Río de la Plata”; Natalicio González, “Formación de un pueblo”; Gilberto Freyre, “Em torno de um criterio transnacional de estudo historico da América”; y Alfonso Reyes, “Fragmento sobre la interpretación social de las letras hispanoamericanas”.

Reyes conoció este último trabajo y le pareció de mucho interés el siguiente párrafo: “Ante el hallazgo del Nuevo Mundo, los europeos tienen que recomponer su idea de la tierra para dar entrada a esta parte que no figuraba en los mapas antiguos. Por eso pudo decir Ulloa, en el siglo XVIII, que el Viejo Mundo, con descubrir al Nuevo, conoció por medio de éste su verdadera figura”.³⁰

Por lo que el presidente de El Colegio de México le manifestó lo siguiente, en su carta del 25 de junio de 1951:

Lo he leído todo al instante. El tema me apasiona, y el buen arte y la claridad con que usted lo desarrolla, poniendo por primera vez en su sitio, de un lado y breve rasgo, tantas investigaciones dispersas, es sencillamente cautivador. Algunas de sus observaciones despiertan en la mente del lector ecos profundos, y como que señalan las fronteras hasta hoy conquistadas, abriendo a la vez vislumbres sobre lo que hay más allá. Nunca he leído, al respecto, nada más cuerdo y luminoso.

Zavala, por su parte, continuaba conquistando fronteras. A finales de 1953 se encontraba en Cambridge, Massachusetts. Desde esa universidad le envió a Reyes sus reflexiones sobre esos días norteamericanos:

Llevo algunos días aquí y mis impresiones comienzan a asentarse. Antes de ello no he querido escribir a un hombre tan maduro y tan cosmopolita como usted. Porque Harvard no ha dejado de inquietarme, sorprenderme y extrañarme. Algunas cosas me han parecido bien desde el principio. Otras no las entiendo. Los colegas son tan corteses como glaciales. He dudado acerca de la posibilidad de seguir mi propio estilo dentro de un cuadro general distinto. Opté por continuar como soy. La universidad parece bastante grande y libre para permitirlo.

El ambiente estudiantil le agradaba. Era como en aquellos tiempos que en El Colegio de México se desenvolvía como profesor e investigador. Desde esas tierras norteamericanas le parecía “más importante lo hecho en México” y le encontraba más sentido. Por eso llegó a esta conclusión: “El hispanismo en el extranjero no es posible sin buenos centros de creación en nuestro propio mundo. ¡Cómo podríamos ayudar desde ellos a todos los graduados que nos visitaran y preparar a quienes cultivaran la mies de allá y de aquí! ¡Lo del apoyo y el dinero parecen cosas tan obvias vistas desde lejos!”.

³⁰ Silvio Zavala, “Formación de la historia americana”, *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo*, p. 127.

Fue también por esas fechas cuando Zavala recibió un volumen de 786 páginas que sus alumnos de El Colegio de México publicaban como *Homenaje a Silvio Zavala: estudios históricos americanos*. En este volumen escribieron Julio le Riverend, Carlos Bosch García, María del Carmen Velázquez, Moisés González Navarro, Gonzalo Obregón, Manuel Moreno Friginals, Israel Cavazos, Xavier Tavera, Ligia Cavallini, Luis González y González, Sergio Morales, Alfonso García Ruiz, Susana Uribe de Fernández de Córdoba, Ernesto de la Torre Villar, Enriqueta López Lira de Díaz-Thomé y Hugo Díaz-Thomé.

El libro de homenaje llevaba esta “Salutación” de Alfonso Reyes:

Maestro en el aula y en el libro, Silvio Zavala cosecha aquí apenas llegado su acmé —edad, para muchos, todavía de preparación y adiestramiento— el testimonio de gratitud que le ofrecen algunos de sus mejores discípulos, quienes van labrando ya su propio cauce y acaso le deben el incentivo de su vocación y sus entusiasmos.

En otras líneas señaló con acierto:

Consagrado al estudio del pueblo mexicano y su formación, singularmente a lo largo de los siglos modernos, nuestra historia no sólo le debe ricas aportaciones cuanto al material mismo de las noticias, sino también un sentido, una orientación, un tratamiento aséptico. Todo lo cual señalará su sitio eminente en el drama de nuestra cultura nacional.³¹

Conmovido, Zavala, en su carta del 12 de diciembre de 1953, le dijo a Reyes que ahora andaba tan “apartado y metido” en sí mismo que podía “ver con claridad” todo lo que le faltaba para merecer este homenaje de sus alumnos. Y le agradeció la “Salutación”, el pie de imprenta de El Colegio de México y todo lo que implicó la edición de la obra. Puso final a su carta con estas líneas: “Recibo todo como un regalo más de la atmósfera humana y culta que usted ha sabido crear en torno de nuestro modesto Colegio”.

Los días en Estados Unidos lo cambiaron radicalmente. De-seaba seguir estudiando, estar más tiempo en la biblioteca, reorientar sus investigaciones, pero hizo las cuentas de sus ingresos que provenían de El Colegio de México, de El Colegio Nacional y del

³¹ *Homenaje a Silvio Zavala: estudios históricos americanos*, salutación de Alfonso Reyes, México, El Colegio de México, 1953, p. 7.

Museo Nacional de Historia y no le alcanzaba para vivir en el lugar que había escogido para llevar adelante sus planes: París. Pero Zavala deseaba un cambio temporal de su vida. “Llamémosla una pausa a distancia”, como él mismo llamó a esta etapa de su vida. A veces son necesarias o beneficiosas.

Reyes se enteró de estos proyectos de Zavala por Daniel Cosío Villegas. De inmediato buscó la manera de ayudarlo. Por estos días había llegado a la subsecretaría de Educación Pública Manuel Sandoval Vallarta. Presuroso, Reyes recurrió al amigo y de estas conversaciones salió una propuesta decorosa para que el autor de *América en el espíritu francés del siglo XVIII* continuara en Francia realizando sus estudios de investigación.

A pesar de esta solución, los problemas económicos seguían agobiando a Zavala. ¿Qué haría para el año entrante?, le dijo a Reyes en carta del 30 de octubre de 1954. Reyes, como siempre, vio la manera de seguir ayudando a Zavala y recurrió nuevamente a Sandoval Vallarta para encontrar una solución definitiva. A la conclusión que llegaron fue que la Secretaría de Relaciones Exteriores lo nombrara agregado cultural de la Embajada de México en Francia. Reyes le comunicó esta solución en su carta del 3 de noviembre de ese mismo año. Pero no estaba en sus manos disponer de un nombramiento diplomático. Había que esperar. Las gestiones se estaban haciendo.

Mientras tanto Zavala no perdía el tiempo. Visitaba archivos y bibliotecas y sacaba cientos de fotocopias de los acervos diplomáticos para cumplir con un compromiso contraído por El Colegio de México con el gobierno francés: la publicación de la *Correspondencia diplomática franco-mexicana*. Asimismo intensificaba sus lecturas para el Programa de Historia de América, de la Comisión de Historia, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y la correspondiente a su obra magna: *El mundo americano en la época colonial*.

En París, Zavala se encontró nuevamente con Francisco López Cámara. Coincidieron en intereses y se pusieron a trabajar en los archivos diplomáticos franceses y el de la Embajada de México en ese país. Aprovechó, igualmente, las oportunidades que le ofrecieron algunas de las universidades de Inglaterra, Italia y Francia para dar una conferencia o impartir un cursillo. Definitivamente Zavala buscaba la manera de quedarse en este país galo y continuar, por un buen tiempo y con los recursos económicos que disponía, sus trabajos de investigación.

La suerte nuevamente lo favoreció pues a partir del 1º de junio de 1956 obtuvo su nombramiento de consejero cultural. Por lo tanto, a las tareas que estaba realizando para el Colegio les puso un paréntesis. Y a partir de esta fecha la correspondencia entre Reyes y Zavala cambió notablemente. Las cartas eran de simple cortesía, de gratos saludos, de congratulaciones por los éxitos obtenidos. En Francia, Zavala se enteró de la muerte de Alfonso Reyes, ocurrida el 27 de diciembre de 1959.

Un año después, en el Ateneo Iberoamericano de París, Zavala pronunció unas palabras en “recuerdo” de Reyes. “Una rica experiencia vital y largos años de labor habían llevado a este gran artista a comprender que el ejercicio de la expresión no es un oficio retórico, independiente de la conducta”, sino “un medio para realizar plenamente el sentido humano”, dijo Zavala ante el público francés que lo escuchaba. Sabía que el hombre, concluyó el diplomático mexicano, en cuanto existe cabalmente, transforma la base de la vida en sentimiento y en pensamiento, cuya manifestación es la palabra. De ahí que viera en ella “la última precipitación terrestre de todas las conclusiones humanas”.³²

³² Silvio Zavala, “Recuerdo de Alfonso Reyes”, *Memoria del Colegio Nacional*, tomo v, núm. 3 (1964), p. 94.